

MASCARAS *Roger Callois

La máscara tiene tres funciones esenciales: la de disimular, la de metamorfosear y la de atemorizar. Estas corresponden a las tres funciones principales del mimetismo de los insectos: camuflaje, travestismo e intimidación.

Cuando la máscara sirve para disimular o proteger, no representa nada. Es una cortina o un escudo que esconde la cara del que la lleva e impide su identificación. ¿Impedir qué? Los monstruos del más allá, los fantasmas, los espíritus malignos, en todo caso a los otros hombres. El lobo, la caperuza, el "bautta" veneçiano, son los modelos modernos profanos de empleo limitado a ciertas circunstancias precisas y episódicas.

Muy a menudo, la máscara es un instrumento de metamórfosis. En las sociedades llamadas primitivas, el que la lleva, encarna al ser del que la máscara es efigie y se encuentra momentáneamente poseído por este ser, (o esta fuerza). Estando así transformado a sus ojos y a los ojos de los demás. En un estado, a veces, de trance, o en el decurso de una crisis que le extenúa y de la cual a menudo, no guarda memoria, copia los gestos característicos del "ser" que lo habita: reptante si es serpiente, hace como que bate las alas, si es águila o cuervo, nada si es nutria o salmón, y así sucesivamente según las necesidades del papel. El actor representa los episodios de un recorrido imaginario, las peripecias de supuestos

* Prólogo al libro de Henriette Demolin-Bernard, Masques, Paris, Oliver-Perrin, 1965.

combates, él no inventa nada. Se conforma en darnos una liturgia tradicional. Es asistido por acólitos que le sostienen, le dirigen y llegado el caso le pasan los accesorios rituales o le ayudan a maniobrar con un disfraz a menudo voluminoso e incómodo.

La variedad de las máscaras es infinita: de todas dimensiones, de todas las formas, de todos los materiales. Las unas, interesadas en reproducir exactamente el rostro humano o la cabeza de algún animal. Las otras el alejarse lo más posible. Como el rostro es simétrico, hay quienes acumulan deliberadamente las disimetrías para deshumanizar a su portador con más seguridad y violencia.

Por último, y sobre todo, la máscara es instrumento de espanto y de fascinación. Está destinada a propalar un terror hiperbólico, que se refiere al mundo de los espectros y larvas de la noche. La cuestión es dar miedo o tener miedo. Llevar la máscara es conquistar el derecho por iniciación, prueba o compra, es pasar de la clase de los aterrorizados a la de los aterrorizadores, es dejar de estar asustado para asustar a los otros. de esta forma la jerarquía de las iniciaciones, que coincide con la de las máscaras, aparece como una institución fundamental. Hasta el punto que determina en ciertos casos la estructura misma de la sociedad donde no es exagerado pretender que la máscara asegura su cohesión.

Muy a menudo, las tres funciones aparecen superpuestas. Conjugan sus efectos, garantizando el anonimato del portador, la máscara libera en él energías desconocidas que sustituyen a su personalidad ordinaria y que revelan su personalidad secreta. Estas energías extrañas, indomables, donde la máscara es a la vez la pieza y el vehículo, el soporte y la insignia, la imagen indescifrable y la energía viva, aparecen como imágenes del "Otro Mundo" y, como tales provocan la parálisis o el pánico. Quiero

decir paralizan o hacen huir.

Seres que ya no parecen hombres surgen de improviso de la jungla indistinta y se comportan como salvajes y demonios, como espectros venidos del "Más allá". Los propios mimos son presa del trance. Sus gestos, sus gritos son dictados por el ser que los posee o que ellos encarnan. Así transformados, persiguen y aterrorizan a un pueblo engañado que no les identifica, que pierde todo el poder de defenderse y de reaccionar. En su espanto, el fugitivo no es capaz de reconocer la verdad evidente: la presencia del hombre tras la Aparición. tal es la acción medusina de la máscara en el apogeo de su imperio.

"Medusina" es el término que conviene, pues la cabeza cortada de la Gorgona llamada Medusa, cuya mirada convertía en piedra hasta las algas del mar, según todos los visos no es otra cosa que una máscara, y el "concepto", la piel de cabra sobre la cual está fija, no es sino el resto del disfraz. Aún convertida en simple instrumento de diversión, la máscara continua representando un cierto poder ambiguo que evoca inevitablemente lo sobrenatural. Combina el terror y la burla. El espanto se resume en risa. Pero antes de la hilaridad está la amenaza. Y la risa liberadora, es más nerviosa que verdaderamente feliz. Es voluntariamente espasmódica.

Simultáneamente la máscara abre la puerta al atrevimiento, a la audacia libertina, permite las palabras y los gestos prohibidos, introduce a menudo un excitación sospechosamente febril y elevadora, equívoca y brutal, que incita a la degradación, a la desafectación, transporta a la insolencia y la truculencia, a la turbulencia y la licencia, al vértigo y a la angustia de las grandes agresiones de antaño, la irrupción de personajes sagrados,

los cuales se conducen con pleno derecho al revés de las reglas que gobiernan las relaciones cotidianas. Grotesca, la máscara se vuelve alarmante.

He tenido la ocasión de subrayar la importancia excepcional de la máscara para la historia de la especie humana. Repito aquí lo que he dicho antes: es un hecho de que toda la humanidad lleva o ha llevado la máscara. Este accesorio enigmático y sin destino útil está más difundido que el vestido, el arco, el arpon o el arado. Pueblos enteros han ignorado los más humildes y los más preciosos utensilios. Y sin embargo conocen la máscara. Las civilizaciones, aún las más notables, han podido prosperar sin conocer la rueda. En cambio la máscara les era familiar. El hombre en general, el hombre abstracto e hipotético de las primeras eras y de las primeras culturas, podría declarar a buen seguro lo que Descartes, en todo caso, afirmaba en sentido estricto: "Avanzo enmascarado".

No hay instrumento, ni invención, ni creencia, ni hábito o institución que a tal punto confirme la unidad de la humanidad, como la máscara lo manifiesta.

Existen dos misterios de la máscara: el primero, los motivos que por todas partes han instigado al hombre a cubrirse la cara con una faz postiza, instrumento de metamorfosis y de éxtasis, de posesión divina, instrumento de intimidación y de poder político; la segunda, las razones por las cuales en algunas situaciones privilegiadas y poco numerosas en conjunto, se puede aconsejar al hombre abandonar el uso de la máscara y en consecuencia renunciar a los trances, a las hipnosis y a los pánicos que son consecuencia inevitable de su empleo.

La etnografía rebosa de máscaras. En la historia, es decir a partir del momento en que las sociedades se

desenvuelven y guardan registro de los acontecimientos memorables que jalonan su progreso, el papel de la máscara no deja de disminuir. Es en este punto donde me atrevo a avanzar una hipótesis desmesurada: los pueblos acceden a la historia y a la civilización en el momento que rechazan la máscara o la repudian como vehículo de pánico íntimo o colectivo, y cuando la máscara se ve desposeída de su función central e institucional. Es entonces reservada a solo el espectáculo, teatro trágico o representaciones bufas ("nô" japonés o "attelanes" romanas). Su fabricación así como su utilización no tienen que ver ya con la magia, sino con el arte. No espantan ya: se las aprecia. Son en adelante tema y objeto de exposición, de estudio científico, de estima estética y admiración desinteresada. Es como decir que en lo sucesivo están fuera de juego.

Comoquiera que sea, y tanto si esta conjetura se verifica, como si no, sigue siendo verdad que el problema de la máscara no puede ser considerado episódico o local: ha afectado a la especie entera.

Precisamente, esta unanimidad en el recurso a las máscaras dentro del género humano, puede llevar a pensar que este uso sólo es explicable por una causa que sobrepasa a la especie. De ahí la idea de buscar si los insectos, una vez más en contraste y en simetría con el hombre, no presentan conductas homólogas (al mismo tiempo fraternales y antagónicas) que aclaren sobre este punto el enigmático e inevitable comportamiento de la humanidad, en el umbral de su propia aventura. Tales comparaciones ayudarán a comprender que el abandono de la máscara y de sus poderes, significa que una especie escapa a la terrible trampa que constituye la composición de la mímica y tranza. Salida del círculo infernal y de la fatal y estéril perfección del insecto, la sociedad redimida puede entonces

emerger del automatismo zoológico y acceder por fin al error y a la rectificación del error, es decir a la historia, al arte, a un conocimiento coherente y verificable, de las instituciones perfectibles, al avance vacilante y torpe que marca los principios y el progreso de cada civilización.

En todo caso, nada puede convencer mejor de la importancia de las máscaras, a quienes más se veían llevados a dudar de ellas, que la Exposición que se celebró en diciembre de 1959, en la sala del Anexo del museo Guimet. Las obras de arte allí reunidas constituían otras tantas prestigiosas ilustraciones del poder, de la diversidad y la renovación de la imaginación humana.

Por completa que haya sido esta exposición, no puede -dada la universalidad de su objeto- evitar tener lagunas. Indicaré tres a título de ejemplo, de orden y diseño muy diferente: los capirotes de lana tricotada del bajo Perú, que sirven para la fiesta de los muertos; las máscaras (de cuero y zinc) utilizadas para los duelos con sable por los estudiantes de la Alemania romántica: alcanzan con los medios más concisos y eficaces, la perfección del género; las máscaras que yo llamo "mundanas" y que prolongan su hermosa carrera dentro de la sociedad contemporánea. Me acuerdo de haber visto sorprendentes ejemplares, concebidos y llevados fundamentalmente por Leonor Fini y Maurice Henry, verdaderas obras de arte.

Anexo:

Clasificación de las máscaras, tomada del libro de H. Demolin-Bernard, Masques.

Tipología de las máscaras:

"Verdaderas" máscaras para llevar sobre el rostro.
 Mascarillas.
 Máscaras para exhibirse.

Diversidad de las máscaras:

Máscaras realistas.
 Máscaras surrealistas.
 Máscaras de materiales pobres.
 Máscaras de materiales preciosos
 La máscara de dos caras.
 Vestido-máscara.
 Máscara de danza-máscara de guerra.
 Máscaras que disimulan.
 Máscaras que descubren (o desmascaran).
 Máscaras inanimadas-máscaras animadas.
 Diseños y tatuajes.

Funciones de la máscara:

- La máscara es un dios y pertenece a un mundo sobrenatural.
 - La máscara es un mediador. Son un medio de comunicación con el mundo sobrenatural.
 - La máscara capta el mundo sobrenatural con sus fines utilitarios.
 - Máscaras protectoras.
 - La máscara circunscribe lo sobrenatural y lo induce a una protección colectiva.
 - La máscara destinada a repeler lo sobrenatural.
 - La máscara como sustituto de los muertos.
- (Máscaras y mascarillas mortuorias o funerarias)

El hombre como máscara:

- Máscaras para funciones.
- Dignidades y privilegios.
- Papeles. (Roles).
- Papel religioso.
- Papel cómico.
- Teatro.
- Danzas profanas.
- Máscaras de carnaval.
- Rostros enmascarados.
- Máscaras de fiestas mundanas.
- El maquillaje.